



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9770

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

MIERCOLES 30 DE MAYO DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubou Montmartre, 31.

LA CUESTION DE MELILLA Y LA LEGIA JABONOSA DE JOSE IGNACIO MIRABET.

Son dos cosas completamente distintas; pues mientras nuestras tropas salen de Melilla, cada día llegan á Cartagena mayores partidas de la sin rival *Legia jabonosa*, vendiéndose en los puntos siguientes:

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; Droguería de D. Juan Vilagrán, calle del Carmen; D. Tomás Sova, calle de Osuna; D. José Rufz Navarro, Comedias 5; D. José Andren Costa, San Francisco esquina Palas, Sra. Viuda é hijos de Pico, plaza de las Verduras; don José García y García, calle del Carmen esquina á la de San Roque; Droguería de D. Adolfo Fernández, calle de San Miguel esquina á la de Jara; D. José Casanovas, Serreta 5; D. José Pagán, Aire 8; D. Victor Martínez, plaza del Sevillano 5; Droguería de los Sres. Cánovas hermanos, Mayor 18; D. Francisco Balibrea, Serreta frente á la Caridad; D. Agustín Conesa, calle de Canales; Don Angel Solano, enfrente de la Caridad; D. José León Costa, Duque esquina á la plaza de San Leandro; Droguería calle del Duque núm. 17; D. Antonio Navas, calle de la Palma; Sra. Vinda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verduras 14; D. Ginés García Canabate, Caballos 1; D. Juan Roca, Lizana 1; D.ª Francisca Rubio, plaza Roldán; D. Juan Cecilia, Angel 36; D. Gerónimo Martínez, calle del Aire 2; D. Ginés Ros Barbero, Cruz Santos 15; D. José Guillén, San Fernando 57; D. Cecilio Cutillas, Serreta.

Para los pedidos dirigirse al único representante en las provincias de Albacete, Murcia, Alicante y Almería, D. Fernando Giménez de Berenguer, San Fernando 39, pral. Cartagena.

MME LEONIE BROUTIN
Modista de sombreros de París.
Ha llegado
PLAZA DEL REY, 16, PRAL.
HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola azados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crocks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.
—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

El Espartero.

Han pasado siete horas.
Fue un momento horrible.
El cuerno del toro enganchó, «es-

condiéndose» dentro, el cuerpo del torero; y cuando Manuel, violentamente despedido, cayó al suelo, se le vio encogerse en tremenda, casi inverosímil contracción, como á impulso de un dolor vivísimo, como en la suprema crispación de formidable agonía.

¡Muerto! gritamos muchos; y por desgracia era así. El parte facultativo habla de veinte minutos de vida en la enfermería. Yo dudo, con todos los respetos, de esa afirmación. Manuel murió en el acto; acaso sobre el mismo pitón de la res. Todo lo que hubo después no fue vida, propiamente dicha; fue un aliento inútil; una «ondulación» estéril del organismo; un «escape» hacia el final definitivo; palpitations artificiales, rápido epílogo de la emoción y de los golpes.... Pero ni Manuel salió del colapso, ni habló palabra, ni sus ojos se movieron, ni la sangre produjo efecto, ni quedó un átomo efectivo de vida en aquel cuerpo magullado y cubierto de sangre, que los dependientes de la Plaza llevaron en brazos á la enfermería.

Cogida espantosa, cogida de

muerte; le mató instantáneamente. ¡Pobre Manuel!

Treinta heridas que apenas dejaron parte sana en su cuerpo: igual número de cicatrices que, acaso con su «tirantez», quitaban agilidad á los movimientos, bien dan derecho á suponer que Manuel era un predestinado.

Quiso ser torero para ganar con qué poner en trono de plata á su madre, y lo fue merced á una voluntad de hierro, jamás doblegada.

Quiso, ya en la profesión, rayar donde otro lo hiciera, y el mismo esfuerzo colmó su deseo, rodeándole de popularísima celebridad, y colocándole en poco tiempo entre los diestros de primera fila y de mejor cartel.

No ha habido, aparte de «Fras-cuelo», torero más castigado por los toros, más duro ni más desprecupado que Manuel García, ni lo ha habido más valiente, pues sus repetidas y gravísimas cogidas le acreditaron de tal. A cada herida cerrada nuevos bríos, y nuevas temeridades, y mayores pruebas de bravura.

Sus alientos, sus grandes energías y su privilegiada naturaleza, le sacaron vencedor en cien percances.

Pero un minuto fatal le acechaba, y hoy, ese instante de desventura, ha borrado las ilusiones de la retirada ya próxima y honrosa, de un casamiento mucho há ambicionado, de una vida tranquila, de una buena vejez, más tarde, al calor de los dineros á tanta costa ganados.

Se «fue» todo eso, y lejos de su tierra, lejos de sus «sagradas» afecciones, de los dos grandes cariños que le llevaban á Sevilla durante la temporada de toros, en cuanto tenía libres unas horas y por lejos que se encontrara, ha exhalado el último aliento, envuelto en un indefinible gesto de amargura, y entre el centelleo alegre de rico traje verde y oro.

Tiempo hacia ya que no se registraba en la tauromaquia una de estas páginas negras, uno de estos dramas terribles que ponen espanto en el ánimo mejor templado, y aun lágrimas en los ojos más secos.

La ganadería de Miura ha tenido el triste privilegio de continuar la necrología taurina, á la que ha sumado otra catástrofe, como la de «Pepe», rápida y trágica; como la de Mariano Canet (Yusio), conmovedora y horrenda.

Pidamos muchos años de tregua. De lo contrario, habría para renegar de una fiesta que tales «duelos» ocasiona, y que ya, en presencia de ellos, á nada se parece en cuanto á lo glacial, despiadado, cruel y repugnante de sus *indiferencias*.

Porque eso sí. «Hace daño» ver, como ha visto hoy Madrid en su Plaza de Toros, que después de muerto un hombre joven, valiente, en lo mejor de su vida, y muerto por sorpresa sin decir ¡Jesús! en un segundo fatalísimo de desgracia, la función continúa, la lidia sigue, y surgen nuevos peligros, y resuenan más aplausos, y vuelve la alegría, y vuelve el jaleo, y la música toca y toca casi encima de la enfermería convertida momentáneamente en fúnebre capilla ardiente.

Eso, con todo lo que en su abono diga la «costumbre» y sancione la *especialidad* de nuestro carácter, y justifique (?) el reglamento, lo repito, *hace daño* y saca los colores á la cara.

De mí sé decir, que no he tenido valor para continuar en mi sitio. Bajé al patio de caballos, entré en la administración, perseguí el drama en sus dolorosas «intimidaciones», vi en la capilla el cadáver del infortunado matador, y esta «permanencia» en la emoción, esta (acaso inexplicable para algunos) continuidad del luctuoso espectáculo que habia presenciado en el redondeo, me pareció proceder más lógico, más humano, más piadoso, en fin, por lo mismo que era muy desagradable, que el seguir «divirtiéndose» en el tendido y hasta en los

palcos, ¡oh incomprensible imperturbabilidad! con la brega azarosa, trémula, descompuesta de otros diestros profundamente impresionados con la desgracia del compañero.

¡De eso á pedir ¡caballos! no hay gran diferencia, que digamos!

Manuel García (*El Espartero*), que este año ha torreado en constante desgracia, oyendo silbas, muchas veces injustificadas, ha muerto por exceso de valentía y de vergüenza, y ha muerto en una tarde triste, en un ambiente impropio y antipático: cielo nublado, muy escasa entrada, cartel sin alicientes... una especie de «novillada», en una palabra, de cuyo «marco» sobraba su figura de matador de toros notabilísimo, y de torero hábil, elegante é inteligente.

Acaso próximas ovaciones, ganadas muy en justicia, y muy á ley, pero otorgadas con el pernicioso exclusivismo que nos retrata de «cuerpo entero», exclusivismo odioso é insensato absurdo, que para agigantar los éxitos de uno, zahiere y posterga sin conciencia, sin causa ni razón á los demás, hicieron que ayer el pobre *Maoliyo*, libre de preocupaciones, y de comparaciones, viera llegado el instante de su rehabilitación, y acaso por ésto, sin tener en cuenta que á los toros *ladrones*, como el que le ha matado, se les estoquea como vimos estoquear el domingo pasado al segundo de la corrida, se entregó á «Perdigón» en busca de un triunfo, si no igual, semejante á los que, tarde tras tarde, ha escuchado á su alrededor, ensordecedores, inacabables hasta que cuando él salía de los estoques en «su turno», cedían el paso á los chicheos y á las frases malsonantes.

Esto no es más que una idea, quizá para alguien un «mal pensamiento»; pero sea como quiera, algo semejante pudo influir en la desgracia, y por insignificante que ese algo sea, no he de ponerle disfraces

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA. 620

Unamis fuertes y dichosos, y sin embargo antes de que llegue la noche, he vivido lo suficiente para ver el último guerrero de la antigua raza de los Mohicanos.

Fin

EL ULTIMO MOHICANO. 617

presó el reconocimiento de Munro, en los términos que creyó más apropiados á la inteligencia de su auditorio. La cabeza de Munro se habia inclinado de nuevo hacia el suelo, cuando el militar francés de quien hemos hablado le tocó ligeramente en un hombro, haciéndole notar un grupo de indios que se acercaba conduciendo una litera completamente cerrada, y después con un gesto expresivo señaló al sol.

—Os comprendo caballero, os comprendo, contestó Munro, esforzándose por hablar con voz segura, os comprendo. Es la voluntad del cielo y me someto á ella. Cora hija mía! si la bendición de un padre desesperado puede llegar aún hasta tí, recibela con mis fervientes oraciones! Vamos, señores, nada tenemos ya que hacer aquí, marchemos.

Heyward obedeció sin trabajo una orden que le hacia abandonar un sitio en que á cada momento temía que le abandonaran las fuerzas. Mientras sus compañeras montaban á caballo, tuvo tiempo para estrechar la mano del cazador, y recordarle su promesa de ir á reunirse con él en las filas del ejército. Enseguida montando á su vez fue á colocarse al lado de la litera: los sollozos ahogados que salían del interior de esta, anunciaban solamente la presencia de Alicia. Todos los blancos llevando á la cabeza á Munro seguido de Heyward, y David se alejaron de aquél sitio, á excepción del cazador, y desaparecieron bien pronto en las profundidades de la selva.